



Columna



Nicolás Vega

Arquitecto, master en Ciencias, Tecnologías y Salud

Antofagasta: Una ciudad enferma

Antofagasta, una ciudad que respira polvo, vive en el ruido y genera estrés, no solo está enferma; también nos enferma. Si la entendemos como un organismo vivo, su diagnóstico es claro: cáncer, obesidad, contaminación acústica y un estilo de vida poco saludable. Pero ¿qué estamos haciendo para sanarla? En lugar de escuchar a los especialistas, parece que preferimos creer en remedios milagrosos tipo elixires que prometen mucho, pero al final solo endulzan el problema sin resolverlo.

Sabemos que Antofagasta tiene uno de los índices más altos de cáncer en Chile, vinculado directamente a la contaminación por metales pesados, sustancias que se acumulan en nuestro cuerpo y nos enferman. Además, somos una de las ciudades con mayor obesidad, problema agravado por el mal estado de las veredas y la escasez de ciclovías, desincentivando lo que sería un transporte activo y silencioso, reflejando una falta de planificación urbana pensada en la salud de sus habitantes.

El ruido es otra de nuestras enfermedades crónicas que casi nunca se toma en cuenta, a pesar de ser la ciudad con la tasa más alta de denuncias por ruidos molestos. La realidad de Antofagasta es que vive en un constante estado de estrés acústico, donde no solo los locales exceden los límites de ruido, sino que el transporte público y los camiones de alto tonelaje que van y vienen del puerto son los mayores contribuyentes a esta saturación acústica. Sin un mapa de ruido ni normativas claras, seguimos expuestos a niveles que afectan nuestra calidad de vida y salud mental.

Frente a todas estas problemáticas, las soluciones han sido insuficientes y en algunos casos inexistentes. El sector norte sigue quemándose, el polvo sigue matando y la falta de acciones

concretas para fomentar un estilo de vida saludable son síntomas de una ciudad que no ha priorizado su bienestar. Sin embargo, hay algo de esperanza. Este año, con un nuevo alcalde, parece que las cosas están cambiando. En solo cuatro meses, se han visto avances, pero el desafío es grande. No basta con parches temporales o parches en las calles que solo incentivan el uso del auto; necesitamos cambios de hábitos profundos.

¿Qué podemos hacer? Primero, establecer un plan de transporte público en el cual las máquinas de la locomoción colectiva transiten por las grandes arterias y no por las calles de barrio, reduciendo así el ruido y la congestión. Además, debemos sacar de nuestro borde costero a los camiones de alto tonelaje, que no solo producen un impacto sonoro negativo, sino que también transitan con materiales peligrosos, poniendo en riesgo la seguridad de los ciudadanos. Segundo, mejorar la infraestructura urbana: veredas en buen estado, más ciclovías, fomentar el transporte activo no contaminante. Una ciudad con más espacios para caminar y pedalear no solo es más saludable, sino también más inclusiva, ya que permite que todos, independientemente de su edad, género o condición física, se desplacen de manera segura y cómoda.

Tercero, aprovechar el borde costero y sus playas durante todo el año con actividades recreacionales al alcance de todos. Un borde costero bien utilizado no solo fomenta un estilo de vida activo, sino que también se convierte en un espacio de encuentro y convivencia para la comunidad. Y cuarto, implementar un mapa de ruido para generar normativas claras. Abril, el mes de la concientización del ruido, nos recuerda que una ciudad más silenciosa es una ciudad más saludable. Con educación ciudadana y regulaciones efectivas, podemos reducir el